

Saoirse y Ruby tienen el plan perfecto
para NO enamorarse.

Como en las películas

Ciará Smyth

CIARA SMYTH

COMO EN LAS PELÍCULAS

Traducción de Ariadna Molinari

 Planeta

Título original: *The Falling in Love Montage*

© Ciara Smyth, 2020

© por la traducción, Ariadna Molinari, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con Planeta México, S. A.

Primera edición: enero de 2022

ISBN: 978-84-08-25182-8

Depósito legal: B. 277-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No creo en el amor a primera vista ni en las almas gemelas ni en ninguna de esas chorradas que salen en las películas; ya sabes, conocer a alguien por una coincidencia completamente improbable, mirar a esa persona a los ojos y experimentar un amor auténtico, profundo y eterno. He leído montones de artículos sobre el regreso triunfal de las comedias románticas, pero creo que no es más que la resaca noventera de un género que intenta volver a ser relevante. Como los collares de cuentas de plástico, la sombra de ojos con purpurina y los *reboots* de series televisivas.

En lo que sí creo es en los besos. Ya sabéis, en los picos, besuqueos, darse el lote, morreos, comerse la boca... O, como dicen los franceses, solo «beso». No se les da el valor que merecen, a pesar de ser un fenómeno precioso.

Comerle la boca a alguien era a lo más que podía aspirar si iba a la fiesta posterior al examen, pero no era suficiente para conseguir que me quitara los calcetines suaves y el pijama. Estaba exhausta. Había pasado dos semanas extenuantes sentada en un vestíbulo sin aire acondicionado, mientras la oleada de calor propia del periodo de exámenes me hacía sudar tanto que los muslos me escocían cada vez que me ponía de pie. Pero papá acabó logrando que vestirme y salir corriendo hacia la fiesta se convirtiera en una posibilidad atractiva.

—¡Saoirse! —gritó.

Por cierto, mi nombre se pronuncia *siir-sha*. Sé que Saoirse Ronan ha emprendido una gira mundial dedicada a enseñarle al mundo que el suyo se pronuncia *sur-sha*, y está claro que ella es uno de nuestros tesoros nacionales, ¡pero es *siir-sha*! Es algo con lo que nos está jodiendo al conjunto de las Saoirses de Irlanda. No entiendo por qué esa pobre chica no pronuncia su propio nombre como yo quiero.

Percibí cierto entusiasmo en la voz de papá, pero yo necesitaba un minuto más para reaccionar. Tenía el cerebro tan alestargado que aún no había empezado a mandarle señales al resto del cuerpo. Todo lo que había almacenado en la cabeza hasta hacía poco se había esfumado. Quizá así fue como empezó todo. O tal vez le pasaba a todo el mundo. ¿Qué provocó la guerra franco-prusiana? ¿Me importaba acaso? ¿Recordaría la ortografía exacta de Württemberg? No lo creo.

—¡Vamos, Saoirse! —gritó de nuevo, con una clara falta de paciencia.

Dibujé una sonrisa falsa en el rostro y me dije que mi padre estaba intentando ser considerado por primera vez en la vida. De hecho, dos horas antes lo había visto guardar una botella de champán en la nevera al volver del trabajo.

Suponiendo que sacara las calificaciones necesarias, en octubre cruzaría el charco para asistir a Oxford. Mamá había estudiado ahí. Papá estaba obsesionado. Se lo contaba a todas las personas a las que conocía. Algunas fingían interés; otras, como el cartero, dejaban de tocar a nuestro timbre. Por culpa de papá, cada vez que nos enviaban un paquete teníamos que ir a recogerlo a la oficina de correos.

Imagino que pensaba que sería agradable que mamá y yo tuviéramos eso en común, pero sacar buenas notas en mis exámenes no era lo que más me interesaba compartir con ella.

Cuando mandé mi solicitud, Hannah y yo acabábamos de cortar, así que poner el mar de Irlanda entre nosotras me pareció buena idea. Pero luego llegó junio y la posibilidad cada vez más tangible de abandonar a mamá me hizo dudar. De hecho, empecé a cuestionarme la simple idea de estudiar una carrera universitaria. Pero no podía confesárselo a papá si no quería verlo sacar humo por las orejas.

—No tenemos copas de champán —comentó cuando entré a la cocina; fruncía el ceño mientras examinaba una montaña de tazas—. ¿La de plátano o la de rayas?

Nuestra cocina era brillante y acogedora, con un especiero destartalado de madera colgando de una pared, cachivaches en todas las superficies, libros de cocina con las páginas pegadas con salsa y cajones de madera torcidos que el abuelo había hecho con sus propias manos cuando nos habíamos mudado aquí porque no teníamos dinero para renovar la cocina. Papá no sabía cocinar nada, en realidad, así que las especias habían empezado a humedecerse y los libros de cocina se habían llenado de polvo.

—La de rayas —contesté.

—De acuerdo. —Sonrió, y se pasó una mano por su cabello, rizado y todavía completamente negro a pesar de que ya casi tenía cuarenta y cinco años. Claro que, pensándolo bien, debía de teñírselo—. Entonces, hoy ha tocado Historia, ¿verdad? ¿Ha sido lo que esperabas? ¿Bernadette Devlin y Bismarck?

—Sí. Pero no tengo ganas de entrar en detalles. Estoy hecha polvo.

—Bien, bien. Pues brindemos, entonces. ¡Hay mucho que celebrar!

Disfruté del sonido sordo que hace el corcho cuando salta de la botella. Técnicamente, la que tenía mucho que celebrar era yo. El último año había sido un infierno por culpa del examen

final de bachillerato, pero al menos ya lo había pasado y no tendría que volver a hacerlo jamás. Papá, en cambio, no se habría enterado de que había terminado todos mis exámenes si no hubiera tenido el calendario pegado en la nevera desde hacía nueve meses. Resultaba irónico que él fuera el que tenía una memoria prodigiosa.

—Ya has terminado tus exámenes —anunció con la taza en alto— y pronto te irás a Oxford...

—Aún no es definitivo —contesté, con el estómago revuelto.

—Claro que sí. Y te lo pasarás en grande.

Titubeó un momento, lo que era señal de que andaba rumiando algo más. De pronto entendí por qué notaba yo un nudo en la barriga. Llevaba meses suplicándole que permitiera a mamá volver a casa. Siempre ponía un millón de pretextos para explicar por qué eso no tenía sentido, pero por un instante sentí que mi corazón albergaba un destello de esperanza. Sin duda, no sería perfecto, pero al menos sería mejor que ahora. Podría verla todo el día, en vez de solo durante una visita de una o dos horas, lo cual es muy diferente a vivir con alguien. Postergaría el ingreso a Oxford para compensar el tiempo perdido y luego me sentiría preparada para irme, una vez que todos fuéramos felices.

—Tengo algo importante que contarte. Sé que te resultará sorprendente; hace mucho que quería contártelo, pero ha sido muy complicado y tú has estado muy molesta conmigo.

Sus palabras no tenían sentido. O sea, sí que había estado enfadada con él, pero creo que lo había disimulado muy bien, teniendo en cuenta que no me había metido en su habitación en mitad de la noche para incendiarla.

—Espero que te alegres por mí —dijo con voz temblorosa, sosteniendo la taza con fuerza.

Nada bueno empieza con esa frase. Cuando alguien dice

«Espero que te alegres por mí», en el fondo sabe que te hará sentir miserable.

—Saoirse, corazón, le he pedido a Beth que se case conmigo. —Dejé caer la taza sobre la mesa. El champán se derramó y se formó un charco en la mesa—. Mira, sé que no la conoces muy bien aún, pero es que no te has dado la oportunidad.

Me quedé helada, como si estuviera intentando contestar, pero mi cerebro no tuviese la capacidad de emitir palabras. Cerré la boca y me comporté de la forma más madura posible: subí corriendo a mi habitación.

El diminuto espacio entre la puerta y la ventana no era lo bastante grande como para que caminar de un lado a otro fuera reconfortante, pero no podía parar. Prácticamente me salía humo de la nariz. Me pregunté si él me seguiría. Cuando empecé a sentir que me mareaba, me detuve y presté atención para ver si escuchaba sus pasos en el pasillo. Después de un rato, oí que se encendía la tele y que los sonidos de algún *deporte*bol cualquiera atravesaban el piso.

¿Cómo podía hacerme esto? ¿Cómo podía hacerle esto a mamá? Traté de recordar todo lo que sabía sobre Beth. Mi padre y ella tenían una relación. Beth trabajaba en una agencia de publicidad y siempre intentaba conversar conmigo, lo que me obligaba a encontrar formas cada vez más creativas de evadir aquellas charlas «amistosas». Por un momento, odié a papá por ser un debilucho, por traicionar a mamá de esa manera, por meterse en la cama con la primera que había encontrado, como si resultara posible cambiar a una mujer por otra cuando la primera ya no te sirve. Además, era inconcebible que esperasen que yo lo aceptara como si se tratara de un regalo. Jamás me imaginé que fuera una relación seria. Me habría preocupado si la hubiera empezado a invitar a cenar o, peor aún, a pasar la noche con él. Pero siempre salían afuera. Cuando él no venía a dormir, inten-

taba no pensar en ello y me concentraba en disfrutar de la paz y la tranquilidad.

Sentada en el borde de la cama, mi dedo se sentía tentado a pulsar el nombre de Hannah en mi lista de contactos del móvil. Quería llamarla. Aunque hubieran pasado ocho meses, a pesar de lo que había ocurrido, lo único que quería era hablar con ella. Quería llamarla y perderme en su voz, porque sus palabras me reconfortaban, aunque fueran estúpidamente racionales y carentes de emoción. Pero debía reconocer que ansiaba algo que ya no existía, y eso es lo que pasa cuando rompes con alguien. Crees que lo has superado, pero luego te pasa algo y revives la pérdida en el corazón. Solté el móvil. No tenía a nadie más con quien hablar.

Ojo: no quiero dar lástima ni nada por el estilo. Lo detesto. Es la peor parte de que la gente se entere de que no tienes amigos. En realidad no me molesta estar sola, pero no soporto que me tengan lástima.

Un día, como seis semanas después de la *catastruption*, estaba sola en clase, comiendo un sándwich, cuando Izzy, mi ex mejor amiga, entró.

He de decir que los sándwiches son la base de la vida. No hay nada mejor en el mundo que algo de comida entre dos panes untados con una gruesa capa de mantequilla. Sin embargo, tampoco hay nada más patético y triste que ver a una persona comiendo un sándwich en soledad. Ocurre siempre en las películas. Si quieres retratar a un personaje solitario y triste, siéntalo a su escritorio, en un parque o frente a la tele y ponlo a comer un sándwich.

Así que Izzy me encontró así, sola con mi sándwich en la mano, escuchando un pódcast sobre asesinatos aterradoros, in-

mersa por completo en mis cosas y dibujando genitales masculinos sobre el escritorio con una brújula en la otra mano. He descubierto que los profesores suponen que los únicos que hacen ese tipo de dibujos son los chicos. Si eres una chica y pretendes dañar los muebles del colegio, te sugiero que dibujes los clásicos penes con testículos, pues los prejuicios sociales impedirán que alguien sospeche de ti.

Izzy venía balanceando en su dedo la llave de un casillero y tarareando canciones de programas de televisión a tal volumen de voz que sus silbidos se mezclaron con la descripción de un desmembramiento que salía por los auriculares. Antes me encantaba su tendencia a ponerse a cantar en cualquier circunstancia, pero cuando te peleas con alguien empiezas a detestar las cosas que antes te fascinaban. Ni siquiera me volví a mirarla, pero de reojo percibí el instante en que se percató de mi presencia. El aire se enrareció; fue obvio que no sabía si ignorarme. Nos habíamos peleado terriblemente por Hannah y hacía dos semanas que no le hablaba.

Fingí no darme cuenta de que había llegado, aunque no pude evitar contar cada incómodo segundo que iba pasando. Cuando me dio la espalda, me volví para mirarla. Estaba observando fijamente su taquilla y de pronto dejó caer los hombros. En ese momento supe que quería tener una conversación sincera conmigo. Mis opciones eran tratar de guardar el sándwich lo más rápido posible y salir corriendo o tragarme su torpe intento de reconciliación. Existía una remota posibilidad de que me echara algo en cara, pero era mínima. Izzy era una persona amable que evitaba la confrontación. Yo, en cambio, me distinguía por levantar un muro a la primera provocación.

Soy el sueño de cualquiera, ¿no?

Izzy agarró una silla y se sentó frente a mí. Me quitó los auriculares y suspiré, sin disimular mi incomodidad.

—¿Qué? —dije, como si ella fuera una maestra que me estuviera preguntando por los deberes que no había entregado y no una de mis amigas de toda la vida.

—Saoirse, no hagamos esto. Somos amigas.

Su expresión era franca, vulnerable. Se notaba que lo que más quería era que yo me sincerara con ella, y debo confesar que me lo planteé. Sacar a alguien de tu vida implica un enorme gasto de energía, y nunca me había sentido tan sola como en las últimas dos semanas. Toda la gente cercana se había ido, y no solo de la escuela, sino también de mi casa. Intentar lidiar sola con mis emociones después de haber estado tantos años contándoselas a Hannah o a Izzy era como ser un pastor que trata de meter a un montón de gatos monteses en un establo. Sin embargo, ya no podía confiar en Izzy. Estaba sola con mis gatos y tendría que aprender a vivir así.

—Éramos amigas, Izzy.

—Entonces, ¿qué? ¿Ahora somos enemigas por un estúpido desacuerdo? —Puso una de las manos sobre la mía—. Nada ha cambiado entre nosotras.

Me zafé de la mano y me crucé de brazos.

—No somos enemigas, Izzy —repuse con voz neutra, como si no estuviera dispuesta a darle suficiente importancia—. No somos nada. Me ocultaste información muy importante.

—Porque no me correspondía a mí decírtela —contestó. Por cuadragésima vez. Sé que lo creía de verdad, pero eso era irrelevante.

—No estoy enfadada —mentí—. Ya no me importa.

No puedes dejar que la gente te lastime. Eso les da demasiado poder sobre ti.

—Entonces, ¿vas a pasar el resto del año sola, ahí sentada, jugando con el móvil?

Ahí estaba. La lástima.

Me encogí de hombros con el gesto más indiferente que pude y volví a ponerme los auriculares, aunque era obvio que Izzy aún no había terminado de hablar. Frunció el ceño mientras el labio inferior le temblaba. Era el tipo de expresión que pone un niño cuando le cortas la cabeza a su juguete favorito.

Presioné el botón para rebobinar el pódcast hasta volver a la parte en la que había dejado de prestar atención. Izzy se quedó quieta un segundo. ¿Seguiría luchando o se daría por vencida? Tenía la duda tatuada en la cara. Imaginé que al fin se enfurecería conmigo y me diría que madurara, que las amistades no acaban así como así.

Pero no lo hizo. Porque claro que se terminan así como así.

Me volví a enfadar con Izzy nada más recordarlo. Cuando Hannah y yo habíamos roto, había perdido también a Izzy, y todo por su culpa. Sin embargo, en los meses siguientes aprendí un truco infalible para lidiar con esas malditas emociones engorrosas: fingir que nunca había ocurrido nada y concentrarme en otra cosa.

Aunque ya no tuviera amistades cercanas, eso no me convertía en una ermitaña que se quedaba encerrada en su cuarto como una paria. Revisé los mensajes en el móvil y encontré los detalles de aquella fiesta a la que no tenía intención de ir. La combinación de vodka de dudosa procedencia y chicas aliviadas por el fin de los exámenes que quizá sentirían curiosidad por experimentar algo nuevo era una mejor alternativa que pasar la noche entera mirando el techo de mi cuarto, rehuendo a mi padre y evitando entrar en un bucle interminable de mis propios pensamientos.

Veréis, desde que rompí con Hannah me impuse una única regla: me niego a involucrarme en una relación. Y la importan-

tísima letra pequeña de esa regla —o la cara B, por llamarla de alguna manera— es que tengo prohibido besar a lesbianas o a bisexuales. No es que se vayan a enamorar de mí o vayan a querer ser mis novias, pero prefiero no arriesgarme. Si cruzo esa línea, sería facilísimo meterme en problemas. Además, tengo muchas cosas a mi favor. Todas las chicas de mi escuela que pretenden saber qué se siente al besar a una chica saben que 1) soy supergay y 2) no las invitaré a salir después. Nos besamos, nos separamos y nadie sale lastimada. Es una situación en la que ambas ganamos.

Cuando Hannah y yo éramos solo amigas —antes de que fuéramos algo más—, ella se quejaba de ese tipo de chicas, de las que solo quieren saber qué se siente, y en algunos momentos de mi vida habría estado de acuerdo con ella. Como cuando yo tenía catorce años y Gracie Belle Corban dijo que solo lo hacía para poder presumir ante Oliver Quinn de que había besado a una chica. Pasé una semana llorando en el hombro de Hannah por eso. Pero ahora mis prioridades son otras. Siempre y cuando ambas sepamos lo que deseamos y no haya ataduras de por medio, sino solo unos buenos besos sáficos, ¿qué más da? Sigo negándome cuando son chicas que lo único que buscan es poner cachondos a sus novios. Pero si lo único que quieren es saciar su curiosidad, soy lo que buscan. Exactamente lo que buscan.

Solté un resoplido cuando al fin encontré el mensaje. Tenía que ser en casa del idiota de Oliver Quinn. Siempre tenía que ser en sus fiestas. Su casa era gigantesca y la única razón por la que no asistía a una escuela privada carísima era porque no había ninguna cerca. Así que si yo terminaba vomitando en los rosales de su madre, no me sentiría culpable. Claro que no es que siga resentida con él ni nada por el estilo.

El mensaje decía que la fiesta empezaría después de las diez,

lo que significaba que yo llegaría ridículamente temprano, pero si no salía en ese momento corría el riesgo de que papá me interceptara y me obligara a tener una conversación profunda y sentida sobre su prometida.

¡Ja! ¡Ni en sueños!

Como es obvio, los dos evitaríamos el tema hasta estar tan resentidos que no haríamos más que gritarnos cosas de un lado al otro del comedor.

Ese dulce instante entre padre e hija podía esperar. Abrí la puerta del cuarto lo más despacio posible y me asomé por la escalera. La luz del comedor titilaba sobre el muro del pasillo. A veces, vivir en una casa con pocas paredes era horrible. Bien, tendría que salir por la ventana. Me puse ropa más apropiada y mis botas militares negras. Me sentí muy mal escapando por la ventana.

Papá descubriría mi ausencia más tarde y me mandaría un mensaje, enfadado. Detestaba que saliera de la casa a escondidas. Según él, nunca me impedía salir a ningún lado, así que lo menos que podía hacer era decirle adónde iba. Pero ¿para qué contárselo en ese momento si al día siguiente podríamos pelearnos durante el desayuno?